

Marco Antonio Campos

Yo creo que una de las maneras de medir la talla de la obra de un escritor es por la importancia literaria de sus discípulos. Si sólo mencionáramos a Juan Villoro y a Enrique Serna, la tarea de José Agustín como escritor que se convierte en maestro estaría plenamente justificada. Ambos, Villoro y Serna, han confesado que la lectura de libros de Agustín les abrieron al principio de su carrera vías a su propia escritura. Libros como *La tumba*, *De perfil* o *Se está haciendo tarde* enseñaron a los jóvenes que empezaban a escribir en los años setenta y ochenta cómo se podían contar muy bien historias que parecían en principio poco literarias a una velocidad de 200 kilómetros por hora. Pueden atacar a Agustín por otros motivos, no por falta de amenidad.

La cosa no queda allí; además de Villoro y Serna, la influencia de Agustín fue amplísima en las nuevas generaciones mexicanas. En esas décadas de los setenta y ochenta del siglo que nos dijo adiós, solía encontrarme cuentistas y novelistas del interior de la república que escribían historias sobre sus ciudades y costumbres... pero los personajes hablaban con palabras y expresiones joseagustinianas. Desde luego eso sonaba curioso, raro o disparatado. Una cosa es cierta: ciudad donde José Agustín se presenta a dar una conferencia o plática o lectura el lleno está asegurado. Con su jovialidad contagiosa, con su lenguaje desenfadado, con su magnífico desparpajo, este joven de 61 años tiene siempre hipnotizado al público. Pese a mi gusto por sus narraciones, creí que por su lenguaje y temas tan locales los libros de Agustín no se podrían leer, por ejemplo, en países de Centro y Sudamérica, y menos, que podrían traducirse a otras lenguas. Me alegra haberme equivocado. Hay críticos y lectores suyos en Centro y Sudamérica, hay estudiantes y profesores que lo estudian en Estados Unidos y, en fin, ha sido ya traducido a otros idiomas.

A José Agustín comencé a tratarlo en los años ochenta y nació de inmediato una simpatía mutua. Creo que algo nos unía y nos une: no tomarnos en serio a nosotros mismos en un medio en que la gente se toma en serio y nuestro rechazo a grupos y grupúsculos culturales y literarios que, por tener influencia mediática, se creen dueños de la verdad y deciden por dedazo quienes forman el Canon mexicano. Desde luego el Canon suelen encabezarlos ellos, valgan ellos mucho o poco o nada, y niegan u omiten al otro, pero montan en cólera cuando les pagan con la misma moneda.

En esos años iniciales de los ochenta la UNAM, el INBA y la UNAM organizaban con el municipio de Cuautla los Encuentros Nacionales de Narradores. José Agustín y el profesor Carlos Barreto se encargaban de la organización. Nadie que haya estado en esos encuentros los olvida, tanto por las lecturas como por las francachelas en el Hotel Don Vasco. En las mañanas o al mediodía los narradores tomaban por asalto el jardín y la piscina y en las noches se organizaban en el comedor bailes y

festejos. No faltaron los ligues que terminaron en noviazgos y matrimonios. Entre decenas de narradores recuerdo al propio José Agustín, a Gerardo de la Torre, Eraclio Zepeda, Poli Délano, Rafael Ramírez Heredia, René Avilés Fabila, Bernardo Ruiz, David Martín del Campo, Guillermo Samperio, Hernán Lara Zavala, Luis Arturo Ramos, María Luisa Puga, Silvia Molina, Héctor Manjarrez, Patricia Berumen, Oralba Castillo Nájera, Bernarda Solís, Paloma Jiménez (la hija de José Alfredo), Roberto Bravo, Isabel Quiñones, Marcel Sisniega... Todo iba bien, hasta que llegó un presidente municipal imbécil, priísta desde luego, e hizo cenizas el encuentro.

Recuerdo también un viaje a Bélgica en noviembre de 1993, que hicimos un grupo de escritores al encuentro de Europalia. Organizado por Alfredo del Mazo, Daniel Leyva encabezaba la logística ayudado por bellísimas edecanas. Íbamos, si mal no recuerdo, Juan José Arreola, Eraclio Zepeda, Margo Glantz, Sergio Pitol, Carlos Monsiváis, Ulalume González de León, Homero Aridjis, Alberto Ruy Sánchez, Juan Villoro, José Agustín y yo. Llegaron por su lado Carlos Fuentes y Octavio Paz. Con Laco Zepeda y Elva Macías, con José Agustín y Margarita, hicimos un grupo muy divertido. Recuerdo un viaje a Brujas, donde Laco nos daba clases de historia flamenca, y la visita al castillo de Bouchout, donde vivió Carlota cosa de sesenta años, y donde nadie se atrevió a nadar en el estanque. En las fotografías tomadas en las calles de Brujas puede verse a José Agustín con una gorra que le presté para el frío. Recuerdo que una noche, en una cena que nos brindaron los organizadores donde nadie estaba del todo sobrio, quise encender con doble filo el fuego de una discusión entre Margo Glantz y José Agustín sobre el término de la Onda, pero Margo se negó a hablar, y Agustín, sonriente, expuso sus diferencias. Arreola, entre tanto, no perdía el tiempo y le hablaba al oído a la edecán más bonita: una italiana de 21 años que nos hacía alucinar.

Por el año 2000, en la UNAM, en la colección Confabuladores, publiqué a José Agustín una reunión de sus cuentos. Cuando se presentó el libro en la Feria de Minería, con gran generosidad dijo que desde que Arreola le publicó su primer volumen no se le había hecho una edición tan bella. Curiosa, absurdamente, a José Agustín no le han dado en México premios importantes; no importa; su obra, que abrió puertas y ventanas a la narrativa mexicana, está muy por arriba de todos los premios. Y yo, desde aquí, desde un barrio del sur de la Ciudad de México, en este principio de 2006 le mando un abrazo de hermano y le digo que, como siempre, lo quiero mucho. ☑

Marco Antonio Campos (Ciudad de México, 1949). Poeta, narrador, ensayista y traductor mexicano. Licenciado en Derecho por la UNAM, actualmente es columnista de *La Jornada Semanal*. Entre sus libros de poesía pueden citarse: *Muertos y disfraces* (1974), *Monólogos* (1985), *Poesía reunida* (1970-1996) y *Viernes en Jerusalén* (Premio Casa de América, España 2005). Ha sido profesor de las universidades de Buenos Aires y La Plata, en Argentina; y Brigham Young University en EUA. Premio Xavier Villaurrutia (1992) y Medalla Presidencial Centenario Pablo Neruda (Chile, 2004).